

## "LA ESPADA Y

## EL ESCUDO DE LOS POBRES"

Para Patricia Aylwin,  
con el amor de su  
amigo:

Radomiro Tomić

"Un grupo de dirigentes sindicales y de la DCU hemos pedido autorización a Radomiro Tomić para reproducir las palabras que dijo con ocasión del 49 aniversario de la Falange Nacional, el 12 de octubre de 1984".



Radomiro Tomić

Camaradas:

Los aniversarios de ideales destinados a modificar la historia de un pueblo, no son "visitas al cementerio", meros actos recordatorios. Deben ser en cambio, un saludo a la vida, un "alto en el camino", alegre y fraterno, para mirar simultáneamente hacia nuestro origen, recordar a los nuestros que jalonan el camino, valorar con humildad lo que hemos hecho y, al mismo tiempo, vueltos hacia el porvenir buscar con claridad las grandes metas que han de coronarlo.

En este "alto en el camino" el primer homenaje es para Leighton, que estuvo en el comienzo de la participación de todos nosotros en esta hermosa aventura patriótica. A Leighton que en esas horas de los años 30 no era sólo el "Hermano Bernardo" bondadoso y sonriente, que ustedes conocen hoy, sino un conductor inspirado y lleno de fuerza de convicción, a quien Dios hizo capaz de mover montañas por el insólito regalo de su diamantina integridad moral y de un asombroso coraje físico.

Homenaje a Ignacio Palma, el fundador de la Falange Nacional en 1937; decisión que Leighton autorizara con algún sobresalto y

renuencia como el propio Bernardo tuvo la nobleza de reconocerlo en el almuerzo de aniversario del año pasado en este mismo local. A Palma que electrizó a los jóvenes católicos cuando fue elegido Presidente del Centro de Ingeniería de la Universidad de Chile y luego candidato a la presidencia de la FECH a comienzos de los años 30; y en quien se conciliaban admirablemente el talento matemático del ingeniero, con la imaginación de los poetas y la audacia de los constructores de historia.

Homenaje a Eduardo Frei, a su extraordinaria y serena inteligencia, a su cultura vasta y profunda, al don que Dios le dio del equilibrio y de la claridad para escribir sus ideas, multiplicando así su radio de influencia, ya en aquellos años entre 1935 y 1937 durante los cuales vivía en Iquique. A Eduardo Frei que fue en 1945 el segundo Ministro que tuvo la Falange Nacional (Leighton había sido el primero), que en 1949 fue el primer Senador y que en 1964 fue el primer Presidente Demócrata Cristiano de Chile.

Homenaje a Manuel Garretón en quien se daban esos signos que hoy llamamos "carismáticos", que arrastran el entusiasmo de mi-



Ilares. Fue Garretón quien percibió antes y con más claridad dentro del grupo de los fundadores, que la lucha "por un nuevo orden", por la concreción de una "democracia vitalmente cristiana", como era nuestro lenguaje de entonces, exigía la denuncia sistemática del Capitalismo, de sus principios y de sus estructuras de poder en Chile.

Homenaje a Ricardo Valenzuela, a Manuel Francisco Sánchez, a Ricardo Boizard, a Miguel Irrázaval, a Tomás Reyes que era el "Benjamín" de todos nosotros y quien, desde esos días lejanos hasta hoy, continúa entregando al Partido el don inapreciable de su talento, de su desinterés y su generosidad de alma.

No debería terminar aquí la lista de homenajes. Y si fuera sincero conmigo mismo no debería tampoco haberla iniciado así. Es decir, señalando solamente a quienes han sido reconocidos públicamente y alcanzaron honores y dignidades en el servicio del ideal común; mientras quedan en el silencio los nombres de miles y miles de nuestros camaradas anónimos a quienes no recuerda nadie sino Dios y el grupo cada año más reducido de quienes fueron sus compañeros de lucha en la comunidad del ideal falangista. Sin ellos, sin estos miles de admirables, nobles y anónimos "portadores de la luz en las tinieblas", sin su desinterés, entusiasmo, trabajos y sacrificios de años y años, no habrían podido brillar los otros, las "estrellas" de nombradía nacional. Ojalá no olvidemos jamás, camaradas, que *no son* las flores las que dan vida a las plantas, sino las *raíces*, hundidas humildemente en el seno oscuro de la tierra las que dan vida a las "flores" y las hacen posibles. Tener presente esta verdad fundamental nos preservará de la degradación cívica a que son condenados los partidos y los militantes de una agrupación política, cuando el culto a la personalidad del "caudillo" o del "líder" sustituye a los ideales comunes, a la primacía ética y política que corresponde a la base social y humana, altera el orden moral de valores que sustenta la acción común y pervierte y agota rápidamente el patrimonio ideológico que no pertenece a nadie sino a todos. Nunca entre nosotros, camaradas, el triste grito, el grito pobre y empobrecedor: "¡Perón, Perón, qué grande sos!"

Celebramos nuestro aniversario el 12 de octubre; es decir cuando la primavera recién empieza y todo se llena de la pulsación vital

que ella anuncia; y en la misma fecha en que Colón incorporó América a la Cristiandad. Ambos símbolos tienen algo que ver con nuestro pasado y con nuestro porvenir. Veníamos en ese entonces de la Acción Católica y llegamos a la política porque un Papa de esos años había escrito que "la política es la forma más alta de la Caridad —es decir del amor y del servicio al prójimo— después del estado religioso mismo". Y fundamos el Movimiento Nacional de la Juventud en 1935 y la Falange Nacional en 1937, movidos fundamentalmente por nuestra condición de cristianos y de chilenos. Lo hicimos convencidos del agotamiento del sistema individualista y capitalista y del entorno cultural e institucional que ambos exigen. Sentíamos el imperativo ético y patriótico de luchar por establecer en Chile "un nuevo sistema"; un nuevo orden de inspiración auténticamente cristiana, capaz de sustituir al viejo orden que denunciábamos. Pronto descubrimos que si es cierto que no existe tarea más noble que la de tratar de cambiar el eje de la historia de un pueblo, tampoco existe tarea más difícil. En 1941, sacamos 2 diputados; en 1945, 3; en 1949, 4; en 1953, 5... ¡casi 20 años habían pasado y continuábamos representando no mucho más del 4 por ciento del electorado nacional! Con cierta benevolencia nos llamaban "Generales sin soldados", o "Palmeras en maceteros", etc., etc. ¡Pero la fidelidad en el esfuerzo por dar a los valores cristianos una nueva versión temporal terminó por desencadenar la primavera! Fue en 1954 que la Falange Nacional ganó la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile para constituir una patria diferente, basada en otros valores que los del egoísmo, el lucro, el dinero y el poder legalizado de los "vencedores" sobre los "vencidos". ¿El secreto de este éxito? La clara voluntad de contribuir a construir una sociedad y una democracia distinta y no meramente la de trabajar en política por ensanchar las cuotas de poder de tal o cual partido forcejeando, como principal horizonte, por participar en las ventajas materiales y las oportunidades personales que entraña administrar el orden establecido.

En 1954, la FECH votó mayoritariamente por la Falange Nacional. Dos años más tarde, las ocho universidades chilenas, votaban por la Falange. Decenas de miles de universitarios rechazaban así la mediocridad de un destino nacional con pocos favorecidos y muchas víc-



timas, aunque fuese dentro de un marco constitucional. Votaron por la Falange Nacional para justificarse como chilenos y para dar forma a sus sueños de juventud. Ellos fueron la vanguardia de la llegada de la primavera para nuestros ideales. En 1961, fue con el lema de "La Patria Joven" con el que ganamos la primera mayoría en Valparaíso, derrotando a la Derecha y a la Izquierda tradicionales, y fue con ese mismo lema que lo hicimos en Chile entero, en 1964, llevando a Eduardo Frei a la Presidencia.

Es verdad que si así ocurrió no fue solamente porque tuvimos a nuestro lado la "vanguardia" juvenil. En ningún país las vanguardias pueden sustituir a la columna multitudinaria de las cuales las "vanguardias" son sólo anunciadores. Los *pueblos* hacen la historia y nada podrían las juventudes sin el respaldo masivo y decisivo del pueblo. Afortunadamente, ya desde las primeras horas de la Falange Nacional la Providencia nos alentó haciendo posible que encontráramos respuesta popular a nuestro llamado. Así ocurrió con los trabajadores chilenos en la provincia más duramente representativa del antagonismo persistente entre el trabajo y el capital: la provincia de Tarapacá, en que el desierto y la extracción del salitre probaban hasta el hueso el temple del obrero chileno y el de su familia. La industria salitrera que, al enfrentar en términos virulentos a los trabajadores y a las empresas multimillonarias, fue escenario de los estallidos revolucionarios más sangrientos de la historia de Chile: 1907 cuando los huelguistas tuvieron que ser reducidos con artillería, y 1913 en que la enorme cifra de tres mil hombres fueron masacrados con ametralladoras en la plaza de la escuela Santa María de Iquique. ¿Cómo extrañarse de que haya sido en Tarapacá donde surgiera Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Comunista y de "El Despertar de los Trabajadores"? ¿Elías Lafferte, envejecido y ennoblecido en una ejemplar lucha sin tregua por sus ideas? ¿Ricardo Fonseca, el más joven Secretario General del Partido Comunista? No parecía posible que un credo y un programa como el de la Falange Nacional tuvieran nada que hacer en el gran desierto nortino, en que decenas de miles de trabajadores enfrentaban la dura vida del hombre pobre en las condiciones clásicas de la explotación capitalista. ¡Y sin embargo...! Sin embargo, para asombro de

muchos, los hechos fueron que en las elecciones parlamentarias de 1941, cuando la Falange Nacional obtuvo los primeros dos diputados de su historia propia, uno fue por Santiago, y el otro por Tarapacá. El hecho fue que en las elecciones municipales siguientes, éramos ya la primera fuerza provincial; y que en las elecciones parlamentarias de 1945, alcanzamos la primera mayoría política. Tal vez más importante aún, en menos de 10 años éramos ya la segunda fuerza sindical, en la provincia de Tarapacá, inmediatamente después del Partido Comunista. Era claro, se hizo claro que si los trabajadores del salitre veían en la Falange Nacional un símbolo concreto de lucha y de esperanza, un día habría de llegar en que millares de trabajadores de las demás provincias de Chile, menos politizados que los del Norte, menos comprometidos con los partidos marxistas que los del Norte, buscarían también en la Falange Nacional el camino y el instrumento para su liberación personal y colectiva. Tal vez ahora ya no lo recordemos, pero por dos períodos parlamentarios sucesivos, dos tercios de los representantes falangistas en el Congreso Nacional eran los diputados por Tarapacá y Antofagasta y el senador falangista por esas dos provincias. ¡El partido necesitaba de esta luz, firme y no parpadeante, porque, si habíamos logrado que los trabajadores del salitre, del cobre, de los puertos, de los ferrocarriles del Norte de Chile votaran y creyeran en la Falange Nacional un día llegaría en que centenares de miles de trabajadores harían lo mismo en otras provincias! Así ocurrió, especialmente desde el encuentro entre la vanguardia juvenil universitaria que ya mencionamos y el pueblo ansioso de abrazar y de servir una gran esperanza. Cuando esa hora llegó, ganamos la presidencia de Chile con Frei en 1964, y en 1965 obtuvimos, por primera vez en cien años de historia electoral, la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados.

El pueblo chileno sabe y la historia confirmará que nuestro paso por el gobierno se tradujo en ventajas muy importantes para el pueblo y para la patria, pero sería un error creer nosotros, o hacer creer, que lo mucho que entonces hicimos en organización popular, reforma agraria, desarrollo sindical, promoción educacional, política exterior, etc. representa todo, o tan siquiera lo esencial, de la transformación indispensable que reclama nuestra patria. Nuestro gobierno, durante los



6 años del período presidencial, fue un gobierno en minoría, tanto en la base social como a nivel institucional; combatido con saña por la Derecha y por la Izquierda; imposibilitado de avanzar a fondo en la sustitución de los valores e instituciones tradicionales de la economía y del Estado en Chile. Por eso, a pesar de lo mucho que nos fue posible hacer cuando el pueblo eligió a Frei como Presidente de Chile, lo esencial de nuestra misión histórica, sigue adelante de nosotros. Y es aquí donde, sin entrar en análisis ideológicos o políticos fuera de lugar en este aniversario, aprovecharé para recordar ante los demócratacristianos de hoy, el mensaje que los falangistas de ayer levantamos en las ciudades, en las industrias, en los campos de todo Chile, y en las minas y la pampa del gran desierto nortino. A nadie ofrecimos las ventajas de participar en el festín tradicional del poder, de la política tradicional y de las combinaciones del juego de partidos. De todos pedíamos, en cambio, la ambición vibrante y ennoblecedora de construir otra alma y otro rostro para Chile junto a la flecha vertical de la bandera falangista. Ha pasado ya casi medio siglo. La lección es una sola para ayer y para hoy: ¡No ahogemos la gran pasión de una gran historia por los ajetes de lo que los franceses llaman "la petite histoire"! ¡No renunciemos a los imperativos del futuro sacrificándolos a las exigencias transitorias del presente! ¡No nos dejemos "digerir" y asimilar por el sistema que ayer denunciábamos, pretendiendo que lo que ahora debemos aspirar a ser, es "un partido de Centro"! ¡No olvidemos jamás que ante nuestros ojos se desintegra y muere en toda América Latina y el Tercer Mundo, la racionalidad y el poder del capitalismo, y de sus estructuras políticas sociales y económicas! ¡Rechacemos toda tentación "reformista y mediocre, y recordemos en cambio la misteriosa expresión del Evangelio: "Hay que dejar que los muertos entierren a sus muertos".

Sepamos de una sola vez y para siempre que cuando tuvimos razón fue en la década de los años 30, cuando la Falange fue fundada *no* para "administrar mejor el orden establecido" sino para sustituirlo.

Nos reunimos un 12 de octubre, la fecha inmortal en que Colón descubrió América. Nada hay más patético en la historia de ese hombre extraordinario, Colón, que cruzó cuatro veces el enorme Océano y que cuatro

veces tocó la tierra nueva, que el haber muerto sin saber ni sospechar siquiera la inmensidad de su hazaña. Murió sin saber que su sueño se había hecho verdad; una verdad mayor aún que el más alto de sus sueños. Porque no supo reconocer los signos que a gritos le señalaban la validez de su primer impulso, el mundo nuevo no lleva el nombre de Colón, sino el nombre de otro que más tarde percibió la magnitud colosal del descubrimiento.

Camaradas: que no nos pase a nosotros lo que sucedió al genial navegante. Teníamos razón cuando partimos en 1935. Teníamos razón cuando nacimos para contribuir a dar a Chile una nueva historia, con otros valores legitimatorios, otras instituciones y otros protagonistas que los del viejo orden. Como un siglo antes en el entorno de su propio tiempo, lo había intuido Portales, el fundador del Estado, pero esta vez, un desafío aún mucho más hondo y decisivo. ¡No nos detengamos a mitad del camino! No desandemos lo andado. Si algo debieran enseñarnos estos 49 años es eso: que teníamos razón en 1935 cuando partimos; que estamos ya pisando la arena de las playas de un mundo nuevo, y que como fue para Colón o para Cortés o para Pizarro, la historia que ha de justificarnos está adelante de nosotros y no a nuestras espaldas! La primavera llega con octubre, y llegará con todos los octubres que se sucedan en Chile. La primavera es la juventud chilena que si logramos que vuelva a creer en nosotros hará posible todos nuestros sueños de ayer y de mañana. La juventud como vanguardia del pueblo multitudinario, de los millones de hombres y mujeres con escaso pan, escasa libertad y escasas esperanzas que en esta inmensa América Latina — ¡y ciertamente en Chile! — aún esperan de Cristo y los cristianos, y no todavía de Marx y de Lenin, el pan y el trabajo, el techo y la escuela, la dignidad y la justicia. ¡No renunciemos jamás a que el pueblo y los jóvenes nos vean y nos juzguen de una sola manera: "Son la espada y el escudo de los pobres!". Y esforcémosnos por ser dignos de que así nos vean y así nos crean — "la espada y el escudo de los pobres!" — no sólo por nuestras palabras sino, sobre todo, por la claridad de nuestra acción y nuestro compromiso con los valores cristianos, con el pueblo, con los pobres y con el nuevo mundo de justicia, libertad y paz que pugnan por nacer

Gracias.